

CRÓNICA

**El archivo de una búsqueda.
El Fondo Fabiola Lalinde
en la Universidad Nacional
de Colombia**

Eulalia Hernández Ciro
Universidad Nacional de Colombia

Vol. 5, N° 9-10

Julio - diciembre 2018 / Enero - junio 2019

e-ISSN: 2422-0795



QUIRÓN

Revista de estudiantes
de Historia





QUIRÓN

Revista de estudiantes
de Historia



El archivo de una búsqueda. El Fondo Fabiola Lalinde en la Universidad Nacional de Colombia*

Eulalia Hernández Ciro**

¿Qué queda de la búsqueda de un desaparecido?

Por mi parte y en primer lugar cuento con (un) archivo de toda clase de documentos: fotos, recortes de prensa, grabaciones [sic], testimonios, Fallos, Resoluciones, Sanciones —que van prescribiendo—, cartas de diferentes partes del mundo; copias de formularios y entrevistas con diversos Organismos de Derechos Humanos que nos visitan. Denuncias y más denuncias. Pero a pesar de la ineficacia, hasta ahora, de las denuncias y del riesgo que conllevan, insistiremos en ellas cada día: así como “la gota cala la roca”.

Desde el punto de vista de los sentimientos se siente un profundo e incurable dolor que aumenta con el paso de los días, una frustración y la impotencia en su máxima expresión y, quizás, más grave: la pérdida de la FE en nuestras Instituciones.

El material adjunto es apenas una muestra y un pálido reflejo del drama que las familias de los desaparecidos afrontamos diariamente, pero, a pesar de todo, abrigo aún la esperanza que sea de alguna utilidad y que un día, ojalá no muy lejano, el suelo americano se libere de tan horrendo flagelo.

*Recibido: 15 de julio de 2018. Aprobado: 20 de septiembre de 2018. Modificado: 10 de enero de 2019.

**Candidata a doctora en Historia de la Universidad Nacional de Colombia (Medellín, Colombia). Correo: eulaliaciro@gmail.com



Este desgarrador relato, escrito a máquina de escribir en diciembre de 1990, fue lo primero que llamó mi atención. Es uno de los testimonios que nos deja Fabiola Lalinde sobre la detención, desaparición y búsqueda de su hijo, Luis Fernando Lalinde, estudiante universitario y militante de las juventudes comunistas en Antioquia, desaparecido en 1984 por miembros del ejército nacional en el municipio de Jardín. Lo encontré entre los papeles dispuestos encima del escritorio, uno de los espacios de la exposición que dió la bienvenida al *Fondo Documental Fabiola Lalinde* a las colecciones del Laboratorio de Fuentes Históricas de la Facultad de Ciencias Humanas y Económicas, de la Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín. Luego me di cuenta de que las mismas líneas estaban en los ventanales del laboratorio, como portada de la exposición.

Durante el acto de presentación del Fondo el pasado 17 de abril, Fabiola nos contó su periplo por carreteras, calles, oficinas estatales, estrados judiciales y tribunales internacionales mientras buscaba e indagaba el porqué de la desaparición de Luis Fernando. En 1990 encontró sus restos mortales, pero no se imaginaba que su lucha para que el Estado reconociera la identidad de su hijo seguiría hasta 1996. Desde ese momento, decidió ponerle un nombre a su búsqueda: "Operación Cirirí", en honor al pájaro de panza amarilla que defiende con firmeza a sus crías de los depredadores. Ahora la silueta del pajarito está pegada en las paredes de los corredores del bloque 43 y su escultura reposa en uno de los armarios del Laboratorio, haciendo acto de presencia y de memoria.

Después de casi 34 años de búsqueda, Fabiola recolectó de manera sistemática una diversidad de documentos y objetos de lo que encontró en su camino y que acompañó con la escritura de sus sensaciones en diarios, cartas y notas. De este acopio nos deja como herencia 25 kilos: 325 unidades documentales (entre recortes de prensa, videos, mapas, audios, fotografías, textos, cuadernos y otros objetos) y 1.371 folios (en actual catalogación), que también recorren sus casi ochenta años de su vida. Acopio que no cesa. Mientras conversábamos con ella durante los Encuentros programados por el Laboratorio de Fuentes Históricas, Fabiola sacó de su cartera una carpeta donde llevaba un recorte de periódico del día anterior, que registraba la noticia de la donación de su Fondo a la UN. Sin duda, a pesar de la crudeza que guarda este acervo, se trata de un archivo vivo, que da cuenta del amor y una incansable defensa de la vida.

Estos materiales recopilados día a día se transformaron en las pruebas con que la misma Fabiola logró que condenaran al Estado. Un fallo histórico que convirtió a su hijo en una de las primeras víctimas de desaparición forzada a manos del ejército nacional reconocidas en Colombia. Ante el dolor de su tragedia, sus "pequeñas victorias" no quedan ahí. Las labores de búsqueda y exhumación del cuerpo de su hijo implicaron desarrollos forenses que no existían



en el país en la década de 1990, por lo cual destacados antropólogos reivindican sus aportes a este ramo. Igualmente, en el 2015 la Unesco incluyó su archivo en el registro regional del programa Memoria del Mundo y, desde el 2016, el Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH) digitalizó algunos de sus contenidos en el Archivo Virtual de Derechos Humanos.

Pero quizá su mayor victoria sean las emociones que produce escuchar su voz, estar cerca de su figura y seguir con la imaginación los retratos y paisajes de sus caminos. La vida de Fabiola llena de esperanza a miles de colombianos que siguen buscando a sus seres queridos y es una inspiración para estudiantes, investigadores y artistas que quieren contribuir a otros caminos para el país. En el caso de los amantes de Clío, la herencia va más allá de nuevas fuentes de información. Volvo a traer sus palabras del 17 de abril:

[...] Jovencitos, duden, opinen, hagan hablar al archivo, no dejen que guarde silencio.

El archivo de un cirirí tiene que seguir siendo incómodo en un país injusto y violento como el nuestro, se los dejo como oportunidad de comunión, de solidaridad y de creación, no como un objeto muerto del pasado.

Este es mi presente de dignidad a las generaciones que están y a las que vienen, ustedes que son amantes de la verdad, la libertad, la justicia y la belleza, ustedes que tienen en sus manos construir un país distinto. Persistan, no dejen de buscar, de preguntar siempre por qué, por qué, por qué [...]

Precisamente estas palabras, así como las que cruzamos con ella durante los Encuentros que programó el Laboratorio; la noticia de la donación del Fondo y los ecos de su llegada entre los colegas historiadores; el acercamiento a los contenidos y la visita a la Exposición, me animaron a escribir estas líneas. Y, con ellas, a proponer para la discusión tres aspectos de nuestro quehacer como historiadores: la posibilidad de hablar con los productores de los archivos como una forma de “conversar” con el archivo mismo; la importancia de “la generación” de nuevos archivos y el valor de los memorialistas y anticuaristas para la historia.

Tanto por sus propósitos como por la manera en la que fue recopilado, es necesario reconocer la singularidad de este Fondo. Como pocas veces, con la presencia y disposición de Fabiola, tenemos la oportunidad de “conversar con el archivo”. De conocer, de viva voz, la historia detrás de su construcción, de hacer preguntas. Es, además, el archivo de una víctima del conflicto armado colombiano, un acervo personal cuya consulta no va a quedar sujeta a la voluntad de una familia o a un momento coyuntural, sino que tendrá un *uso público*, con todo lo que esto implica.



Parte importante de nuestra formación como historiadores está dedicada al “trabajo de archivo” y a la consabida “crítica de fuentes”. Algunos que eligen la vía de la conservación y la restauración, reciben otro tanto de formación y herramientas en el campo de la archivística. Sin embargo, nuestra relación con los archivos debe ir más allá de la paleografía, de la diplomática, del uso de microfilms, de los procesos de restauración, de la elaboración de tablas de retención y de fichas catalográficas, de exprimir los datos. La consigna de nuevos temas, fuentes y métodos en la historiografía también debería ocuparse de “nuevos archivos”, en el sentido literal y material del término. Por ello, urge transformar de la actitud pasiva que ha caracterizado a buena parte de los integrantes de nuestro gremio. Los historiadores somos los llamados a promover, divulgar y acompañar la apertura de nuevos archivos y, por supuesto, a cuidar los existentes. Al mismo tiempo, es necesario reconocer que los historiadores no somos los únicos que necesitamos, queremos y podemos consultar los archivos —como lo muestran las visitas cotidianas de hombres y mujeres desplazados por la violencia a la Colección de Periódicos de la Universidad de Antioquia—, pero que sí tenemos una labor especial: brindar herramientas para su abordaje crítico y contribuir a su preservación.

Las familias que conservan sus álbumes fotográficos y coleccionan en portarretratos su vida, los libreros que apilan libros viejos, los personajes que habitan las plazas de los pueblos y que nos cuentan sus historias, los mercados y tiendas de antigüedades que reviven la materialidad del pasado, son fundamentales para la historia. Se trata de anticuaristas y memorialistas que con sus prácticas, narrativas y saberes van más allá de los circuitos académicos y, en muchas ocasiones, están más atados a los vivos, a la vida, a la tierra, al presente y al futuro que nuestros trabajos de investigación. Y los historiadores (de la academia) estamos en deuda de reconocer el valor de su labor. En este sentido, podríamos considerar a Fabiola como una memorialista que nos recuerda el compromiso de la historia con el presente.

Hacer hablar al archivo es acercarse críticamente al presente y a nuestra relación con el pasado, ya sea vía la historia contemporánea o reciente o problematizando nuestros remotos viajes en el tiempo con la actualidad. Por ejemplo, qué nos dice la historia frente a los recientes asesinatos de líderes sociales que nos recuerdan la estigmatización de la izquierda, los años del Frente Nacional, el exterminio de la Unión Patriótica; o qué puede decirnos sobre el desconocimiento e invisibilización histórica de nuestra geografía y riquezas naturales, como lo evidencia la reciente declaratoria de Chiribiquete como patrimonio de la humanidad. La llegada del Fondo a la UN es una oportunidad para reivindicar esta bella profesión de historiadores y asumir las posibilidades del análisis histórico para recuperar la capacidad de extrañamiento, para preguntarse por qué y para combatir el anacronismo y el eurocentrismo.



QUIRÓN

Revista de estudiantes
de Historia